

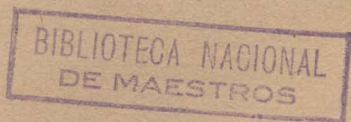
LOS ENANITOS CALVOS



COLECCION MARUJITA N°38

Los enanitos calvos

118X162



PRINTED IN ARGENTINA

LOS ENANITOS CALVOS

Estaba en cierta ocasión, el príncipe Filomel recorriendo el País de las Hadas, cuando, de pronto, vió algo curioso. Acercábase a él un grupo de enanitos, que parecían estar muy tristes. Todos iban con la cabeza descubierta y estaban tan calvos como un huevo.

Uno de ellos vestía con mucho mayor lujo que sus compañeros, y Filomel se dirigió a él, preguntándole:

—¿Quiénes sois y qué os sucede?

—Perteneceemos al pueblo de los Pitusos—contestó el hombrecillo, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.—Yo soy su rey y no está lejos mi palacio. Según podéis ver, nos ha sucedido una gran desdicha.

—Contádmela—dijo Filomel.

—Pues bien, esta mañana salimos a dar un paseo—empezó diciendo el diminuto rey—y encontramos a un brujo de aspecto muy raro. Nos invitó a entrar en su casita y nos ofreció unos caramelos de magníficos colores, que guardaba en un pote de hojalata. Cada uno de nosotros los probó y en cuanto los hubimos tragado, ¿qué creéis que sucedió?

—¿Qué?—preguntó Filomel lleno de curiosidad.

—Pues que nos quedamos sin un solo cabello—añadió sollozando el pequeño rey.

Y sus compañeros se echaron también a llorar, de manera que no tardó en formarse un charco en el suelo.

—¿Y por qué no exigisteis al brujo que os devolviese



SOMOS LOS PITUSOS—CONTESTÓ EL HOMBRECILLO

cuanto antes vuestros cabellos?—preguntó Filomel sorprendido.

—¡Claro está que lo hicimos!—contestó el rey.—Pero él se limitó a contestar: "Pagadme cien coronas de oro y os enseñaré la manera de recobrar vuestro cabello". Y lo malo del caso es que, en conjunto, no tengo más que cincuenta coronas, porque resulta muy caro ser rey en la

actualidad; me gasté sumas considerables en mi palacio, que es muy bonito. Y así, hemos tenido que alejarnos, resignados con nuestra calvicie.

Volvió a derramar lágrimas enormes y Filomel echó de menos los chanclos para la lluvia.

—No os apuréis—dijo.—Yo cuidaré de ayudaros. Inmediatamente iré a ver a ese tuno de brujo.

—¡Oh, tened cuidado!—recomendó el rey de los Pitusos.—Si os atrevéis a eso, quizá regreséis tartamudo, calvo, sordo o algo por el estilo. Ese brujo es muy malo.

Pero Filomel se rió. Sabía algo que los Pitusos ignoraban, es decir, que ningún encantamiento podía perjudicarle en lo más mínimo, porque, en cierta ocasión, una bruja le frotó el cuerpo con una flor de álamo, mientras en el cielo brillaba la luna nueva, cosa que había de librarlo de toda suerte de hechizos.

Se encaminó hacia donde vivía el brujo, según las indicaciones que le dieron los Pitusos, y no tardó en ver su casita. Pudo notar, asimismo, que alguien estaba observando desde la ventana, y en cuanto Filomel se halló a corta distancia salió el brujo a la puerta.

—Hermosa mañana, ¿verdad?—dijo a Filomel, sonriendo amablemente.

—En efecto—contestó el príncipe.—¡Qué hermoso lugar para vivir en él! ¡Qué suerte tenéis de disponer de una vivienda en este bosque!

—Tenéis razón—le contestó el brujo.—¿Por qué no entráis a descansar y de esta manera podréis conocerla por dentro? Tengo varias cosas en extremo curiosas, que os agradará ver.

—Gracias —contestó Filomel, siguiendo al sonriente brujo al interior de la casa.

—Sentaos—dijo el dueño de la vivienda. Y, dirigiendo-



EL BRUJO MIRABA DESDE LA VENTANA

se a un armario, lo abrió. Después de tomar un pote de hojalata, de regulares dimensiones, se acercó al príncipe:

—¿Queréis un caramelo? —preguntó. — Os los recomiendo, porque son deliciosos. Ayer mismo se los compré a una bruja. Os aseguro que los hallaréis muy buenos.

—Muchas gracias—contestó Filomel, aun sabiendo que aquellos caramelos eran los mismos que causaron la calvicie a los Pitusos.

Pero no se podía negar, que eran deliciosos. El príncipe paladeó unos instantes, y luego lo rompió entre los dientes. Cada vez le parecía más sabroso. Mientras tanto el brujo lo observaba con la mayor atención, y al darse cuenta de que no se le caía el pelo, se quedó muy extrañado.

Entonces Filomel resolvió representar una comedia. Se



EL BRUJO DIÓ UN CARAMELO A FILOMEL

puso en pie de un salto y, con la mayor alegría, palmoteó, exclamando:

—¡Oh! ¡Debe de ser un caramelo mágico! Me siento poseído de un poder extraordinario. Sé y conozco cosas que hasta ahora ignoraba. Me siento capaz de leer en las

estrellas y puedo oír cómo crece la hierba. Además, estoy seguro de que comprendería todos los lenguajes del mundo.

—¡Cómo!—exclamó el brujo.—¿De veras? Sin duda me he equivocado dándoos un caramelo por otro.

—Haced el favor de darme más—exclamó Filomel, divirtiéndose en extremo.

Tomó cuatro o cinco caramelos de la lata y los rompió entre los dientes, haciendo mucho ruido. Luego se echó a bailar por la estancia.

—¡Soy el mago más poderoso del mundo! Estos caramelos me han revelado todos los secretos del País de las Hadas. Por momentos siento aumentar mi poderío. ¡Oh, haced el favor de darme más caramelos de esos!

Volvió a llevar la mano hacia el pote de hojalata, pero el brujo lo rechazó.

—¡No!—exclamó.—Los demás me los comeré yo. No puedo consentir que os hagáis dueño de toda la magia que contienen. No tenía la menor idea de que se tratase de unos caramelos tan maravillosos. Los que había encima eran diferentes.

Con la mayor avidez se llenó la boca de caramelos y los rompió entre los dientes. Luego esperó a sentirse penetrado de poder mágico, pero no ocurrió nada de eso. En cambio, le sucedió otra cosa. ¿Qué se estaba cayendo al suelo? Pues, sencillamente, el cabello largo y fino del brujo.

—Con toda seguridad me he equivocado de caramelos. ¡Caramba! Me estoy quedando calvo, como les ocurrió a los Pitusos—exclamó.—¡Qué cosa tan espantosa, porque esta tarde estoy invitado a merendar con unos amigos! ¿Cómo podré ir calvo como una bola de billar? Tendré que buscar un conjuro para remediar el mal.

Filomel fingió que lamentaba mucho lo sucedido. Y luego le ayudó a consultar los libros mágicos, hasta que hallara la receta que debía hacerle recobrar el cabello.

—Tengo necesidad de hacer una mezcla—dijo el brujo en cuanto hubo hallado la fórmula mágica—de miel reciente, seis gotas de rocío, el aroma de una violeta, un poco de seda de una telaraña, luz lunar embotellada y agitarlo todo con una pluma de buho. ¡Pobre de mí! En fin, resulta bastante fácil reunir las cuatro cosas primeras, pero como me queda muy poca luz lunar embotellada, temo que la cosa salga mal.

Tomó una botella y la agitó.

—No hay más que la cantidad imprescindible—observó.

Luego hizo la mezcla, derramó la luz lunar y lo agitó todo con una pluma de buho.

—Ahora, si queréis ayudarme—dijo a Filomel—pronto habré recobrado el cabello. Es preciso que me arrodille dentro de un círculo dibujado con tiza, cierre los ojos y cuente hasta cincuenta. Entonces habréis de derramar la mezcla sobre mi cabeza y, hecho eso, el cabello volverá a cubrímela como antes.

Filomel tomó la botella que contenía la fórmula mágica y esperó a que el brujo se hubiese arrodillado y con los ojos cerrados contara hasta cincuenta. Aprovechando esta ocasión, salió de la casa y, a toda prisa, volvió al lado de los Pitusos.

—¡Aprisa! ¡Aprisa!—les dijo.—Arrodillaos, cerrad los ojos y contad hasta cincuenta. Voy a dibujar un círculo de tiza, alrededor de vosotros y luego os echaré este líquido mágico sobre las cabezas.

Los Pitusos obedecieron y empezaron a contar y, al llegar a cincuenta, Filomel derramó un poco de la mezcla

sobre cada una de aquellas cabecitas calvas; en el acto surgió de todas ellas un cabello espeso, rizado y muy bonito. ¡Qué contentos quedaron los Pitusos y cómo rodearon a Filomel, rogándole que fuese a vivir con ellos, en el palacio de su rey!

De pronto oyeron una especie de mugido, como de toro enfurecido y el brujo se dirigió a ellos con los ojos despidiendo fuego.

—¡Me habéis robado mi medicina mágica!—exclamó. —En vano esperé a que la echáseis sobre mi cabeza. Y, en cambio, la habéis empleado en esos idiotas. ¡Sois un ladrón, un bandido!

Filomel se echó a reír.

—Tú eres el ladrón y el bandido—replicó.—Sin ningún derecho ni motivo, dejaste calvos a estos pobres Pitusos y yo les he devuelto su cabello. Ahora toma tu preciosa botella. Está vacía.

El brujo la tomó y se alejó, muy enojado. Consiguió hacer caer dos gotas de ella y se frotó con el líquido la calva cabeza, pero solamente le salieron cuatro pelos, que le dieron todavía un aspecto más raro.

ALADINO EN EL PAIS DE LOS GIGANTES

Un día Aladino se despidió de su hermosa princesa Badrul-Badur, y emprendió un largo viaje. Se embarcó en su propia nave y tomó la ruta del Oeste, pues deseaba explorar el mundo que, en aquella época, era muy poco conocido.

Durante varias semanas el barco siguió el mismo rumbo, pero sin que a Aladino o a sus hombres les ocurriese ninguna aventura interesante. Por fin el primero se cansó de vivir a bordo y empezó a registrar el mar en busca de alguna tierra.

—¡Una isla!—exclamó de pronto el vigía.—Es muy pequeña, de color gris verdoso y, al parecer, no tiene ninguna montaña o prominencia, por pequeña que sea.

Aladino y sus hombres se asomaron a la borda del barco y contemplaron la isla que se les aparecía. Con seguridad no era muy grande, pero sí una tierra. Aladino, por consiguiente, dió la orden de acercarse y luego echaron un bote al agua y, a remo, se encaminaron a la isla.

Al llegar a la playa, pudieron ver que era estéril en absoluto, puesto que en ella no crecía un solo árbol y ni siquiera un tallo de hierba.

—Es la isla más extraña que he visto en toda mi vida —exclamó Aladino, en el momento de desembarcar.— Venid, muchachos. Vamos a encender una buena hoguera, porque el viento es muy frío. Ni siquiera podemos guarecernos al pie de un árbol.

Gracias a la leña que los navegantes habían llevado



HABÍAN ENCENDIDO LA HOGUERA EN EL LOMO DE LA BALLENA

consigo, pudieron encender una buena fogata. Mientras lo hacían, Aladino se decidió a explorar el islote, aunque no había nada que descubrir, pues de cualquiera de sus puntos podía examinar toda su extensión. De pronto, ocurrió algo muy curioso.

La isla empezó a estremecerse y a temblar y Aladino

se cayó, apoyado en las manos y en las rodillas, temeroso, aunque no sabía de qué.

—¡Un terremoto! ¡Un terremoto! —gritaron los marineros.—¡Al bote! ¡Al bote!

Todos, a excepción de tres, se embarcaron y no atreviéndose a continuar cerca de aquella isla, que se movía, empezaron a remar a toda prisa. Mientras tanto, la isla continuaba estremeciéndose y temblando del mismo modo, y de repente Aladino comprendió lo que era.

—¡Es una ballena!—gritó alarmado, tendiéndose de cara, ante el temor de verse despedido.—Hemos encendido una hoguera en el lomo de una ballena, y, al sentir la quemadura, ha empezado a estremecerse de rabia y de dolor.

Los dos hombres abandonados en la isla, en unión de Aladino, pronto fueron arrojados al agua. Luego el mismo Aladino, trató de alejarse a nado del irritado animal.

De pronto, la ballena se fijó en el barco y, revolviendo en el agua su enorme cuerpo, empezó a nadar en su dirección. El bote había llegado ya a la nave y sus tripulantes se encaramaron por una cuerda, poniéndose en seguridad. Y apenas lo hubieron hecho, cuando vieron que la ballena se dirigía hacia el buque, de manera que el patrón se apresuró a ordenar que izasen las velas para huir, ayudados por el viento, en su deseo de evitar el ataque del enorme animal.

Aladino y sus dos compañeros, que se hallaban en el agua, vieron que el barco emprendía rápida fuga y aunque gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, hasta quedarse roncós y sin aliento, el barco desapareció en breve a lo lejos.

—Perfectamente—dijo Aladino que, nadando, se había acercado a sus compañeros.—¿Qué vamos a hacer? ¿Volverá el barco a recogernos?

—¡Estamos perdidos!—gimió Gehazi, pues así se llamaba uno de los marineros.

—A corta distancia veo el bote del buque, abandonado en la prisa con que han huído—exclamó Hassan, que era el otro marinero.—Vayamos a nado hasta él, porque siempre estaremos mejor a su bordo que en el agua.

Los tres se acercaron al bote y subieron a él. Durante largo rato sintieron la esperanza de que el barco volviese a recogerlos, mas al fin tuvieron que resignarse a quedar abandonados.

—Hay aquí provisiones para tres días—observó Aladino, después de hacer un registro en el bote.—Ahora convendrá que rememos hacia el Oeste, porque tal es la ruta que siguió nuestro barco.

Los tres empuñaron los remos y, por espacio de tres días, navegaron hacia el Oeste, aunque no pudieron descubrir su nave. Al cuarto día, cuando habían consumido sus provisiones, tuvieron la suerte de ver una tierra hacia el Sur. Muy esperanzados, remarón en aquella dirección y en breve llegaron a una isla, cuyos altos acantilados se divisaban desde larga distancia.

Desembarcaron, vararon luego el bote a cierta distancia de la orilla y luego, como estaban derrengados, se tendieron en el suelo y se quedaron dormidos.

Al despertar salieron en busca de algo que comer y hallaron algunas frutas que devoraron, porque estaban hambrientos. Ya calmada, en parte, su hambre, subieron despacio por un camino en la playa en que habían desembarcado.

Les costó un día entero llegar a la cumbre y una vez en ella observaron que desde allí no podían ver cosa alguna, a causa de la espesura de las copas de los árboles.

Aladino se encaramó en uno de ellos y miró en la di-



ALADINO SE ENCARAMÓ EN UN ÁRBOL

rección que siguieron al llegar. A lo lejos se elevaban unas montañas, mas, al parecer, no había casas en ninguna parte. Aladino bajó al suelo y dijo que, toda vez que no había hombres por ninguna parte, más valía encaminarse a aquellas montañas.

Echaron a andar, pero, antes de que se hubiesen alejado mucho, oyeron un extraño ruido. Suavemente se acercaron al lugar de donde parecía proceder y allí vieron algo muy curioso. Era un gigante tendido en el suelo.

Tenía un ojo enorme en medio de la frente, aunque entonces estaba cerrado porque el gigante dormía. Roncaba con tal fuerza, que Aladino tuvo que hablar a gritos a sus hombres para hacerse oír.

—Ese gigante parece ser malvado. ¡Desdichados de



HABÍA UN VIGOROSO CABALLO ATADO A UNA ESTACA

nosotros si hemos venido a parar a una tierra de gigantes!

—Mira—contestó Hassan señalando a un lado de la cañada donde dormía el gigante.

Atado a un poste estaba un magnífico caballo. No era proporcionado a la estatura del gigante, pero el animal era tan vigoroso, que aun el peso enorme de su jinete no había de parecerle cosa mayor. Aladino, al verlo, formuló inmediatamente un plan.

—Montaremos el caballo y nos alejaremos—dijo.—Si el gigante despierta y nos encuentra aquí, podemos darnos por perdidos.

Así, los tres hombres montaron rápidamente aquel vi-

goroso caballo, y se alejaron mientras el gigante seguía roncando, pues estaba profundamente dormido.

Los tres náufragos continuaron alejándose y el caballo los llevaba sin ninguna fatiga y como si supiera ya el camino que les convenía tomar.

Pronto llegaron a las lejanas montañas y, una vez que estuvieron en la cumbre de una de ellas, Aladino pudo divisar los tejados de algunos palacios y unas altas torres, y supo que el gigante había salido de aquella población.

—Debemos abstenernos de entrar en el pueblo—dijo a sus compañeros—porque, si lo hiciésemos, los gigantes se apoderarían de nosotros. Vale más tomar otra dirección, con la esperanza de hallar gente más parecida a nosotros mismos.

Tiró de las riendas del caballo, pero el animal no hizo ningún caso, sino que siguió avanzando hacia el pueblo. Aladino le dirigió unas palabras coléricas y tiró nuevamente de las riendas, mas no le fué posible obligar al animal a que tomase otra dirección.

—No tenemos más remedio que apearnos—dijo al fin. —Con toda seguridad este caballo ha sido enseñado a llevar a sus jinetes al pueblo de los gigantes, pero nosotros no tenemos ninguna necesidad de ir al encuentro de nuestra muerte.

Se apearon de un salto y rodaron por el suelo; el caballo, al verlo, se sobresaltó. Detúvose y se volvió a mirarlos. Al ver que no parecían dispuestos a montar de nuevo en él, continuó su camino hacia el pueblo y al fin desapareció.

Aladino miró a su alrededor y pudo ver que estaban en un valle, al parecer desierto y rodeado de empinadas montañas. En torno de ellos había numerosas rocas peladas, de modo que aquel lugar tenía un aspecto triste y desolado.

—Comamos las frutas que hemos traído—dijo a sus amigos.—Pronto será de noche y convendrá entregarnos al sueño.

Se comieron las frutas y luego se tendieron en la árida tierra. Pero soplabá un viento muy frío y no pudieron dormir. Aladino encontró una cueva y allí se metieron a descansar. Luego se levantó la luna, muy brillante, e inundó el valle con su plateada luz.

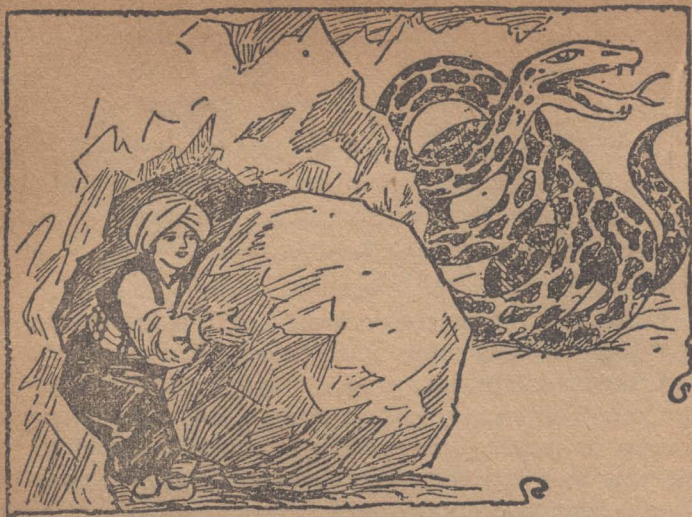
Como Aladino no podía dormir, salió a la entrada de la cueva y miró al exterior. En breve oyó un ruido semejante a un silbido y se preguntó qué podría ser. Miró a derecha e izquierda, y, de momento, no pudo ver nada. Luego, de repente, comprendió la causa de aquel ruido. Era una serpiente monstruosa, cuyo cuerpo, moteado de negro, reptaba a corta distancia de la cueva. Aladino la miró horrorizado y tembloroso, imaginándose lo que podría ocurrir si la serpiente se daba cuenta de su presencia.

Luego, rápidamente, se dispuso a protegerse. Muy cerca vió una roca de gran tamaño, que, más o menos, encajaría en la boca de la cueva. Despertó a sus compañeros, les dió cuenta del peligro que corrían y, uniendo los tres sus fuerzas, arrastraron aquella roca hasta la entrada de la cueva.

De pronto, la serpiente monstruosa los vió y silbó con tal fuerza, que los tres hombres se quedaron aterrados. Y el horrible reptil se acercó a ellos, proyectando su negra y bífida lengua de un modo horrible.

—¡Animo!—exclamó Aladino.—Ya casi está cerrada la boca de la cueva.

Por fin la entrada quedó obstruída, mas, a pesar de ello, los tres hombres estaban temblorosos. La serpiente



LA ROCA TENÍA UN TAMAÑO APROPIADO PARA
CERRAR LA BOCA DE LA CUEVA

silbaba muy irritada en el exterior, y, aunque lo intentó varias veces, no consiguió penetrar en la cueva.

Los tres hombres ya no durmieron más aquella noche y al amanecer celebraron consejo para decidir lo que podrían hacer.

—Lo más conveniente—dijo Aladino—será esperar a que se marche la serpiente. Entonces quitaremos la roca y echaremos a correr. Nos alejaremos lo antes posible de estas montañas, porque es muy posible que haya otros reptiles como éste.

De vez en cuando Aladino y sus compañeros miraban por los espacios que quedaban al descubierto, a fin de observar si aún estaba allí la serpiente. Mas, por desgracia, el reptil continuaba ante la entrada de la cueva y en todo el día no se movió.

Los tres hombres estaban hambrientos y sedientos, pero no se atrevían a salir de la cueva. A la noche siguiente, la serpiente se arrolló junto a la roca que tapaba la entrada y los tres desgraciados podían oír sus horribles silbidos.

Al amanecer del siguiente día, Aladino comprendió la necesidad de buscar otro medio. Quizá la serpiente pasaría allí varias semanas y, en tal caso, ellos morirían de hambre o de sed.

—Convendría —dijo— explorar la cueva. Tal vez exista otra salida que no hayamos visto.

A tientas se encaminaron a la parte más profunda de la cueva y observaron que se estrechaba hasta convertirse en una especie de corredor. Echaron a andar por él, y en vista de que se prolongaba, Aladino tuvo la seguridad de que aquel paso debía de conducir a alguna parte. El lugar era oscuro y olía a moho. Los tres hombres ignoraban los peligros que podrían encontrar y avanzaban muy juntos uno de otro. De este modo anduvieron varias horas por la extraña galería, que, a veces, se ensanchaba para convertirse en una cueva y otras era tan estrecha, que apenas les ofrecía paso suficiente.

—Con toda seguridad este paso atraviesa la montaña hasta la vertiente opuesta. Y creo que pronto llegaremos al final—dijo Aladino.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la galería se ensanchó y se iluminó. Y al fin, con grande asombro de Aladino, llegaron ante una puerta.

—Esto es muy curioso—dijo a sus compañeros.—Esta puerta ha de conducir a algún sito, pero en este lado no tiene pomo ni cerradura. ¿Convendrá llamar para ver si alguien viene a abrirla?

—No sabemos si en el otro lado hay algún enemigo —observó Hassan.

—En cambio, estamos seguros de que en el opuesto una serpiente monstruosa está guardando la salida—replicó Gehazi.—Llama a la puerta, Aladino, y ya veremos lo que pasa.

Aladino dió un puntapié a la puerta y gritó. Oyó casi enseguida una exclamación de sorpresa y se abrió la puerta. ¡Cuál no sería el asombro de Aladino, al ver a otros dos hombres de su propio país!

—¡Cómo! ¿Estáis aquí? —les preguntó.—¿Y adónde hemos llegado?

—¡Ay, por desgracia estáis en el país de los gigantes de un solo ojo!—contestó uno de aquellos hombres.—Naufragamos en la costa hace varias semanas, en unión de otros muchos, y llegamos hasta aquí, esperando recibir algún socorro en nuestra mala situación.

—¿Y dónde están vuestros compañeros? —preguntó Aladino, mirando a su alrededor.

—Los desdichados fueron devorados por los gigantes—contestó llorando uno de aquellos dos hombres.—Pronto nos llegará la vez. Nos tienen encerrados en esta enorme sala y cada vez que se abre la enorme puerta nos echamos a temblar, porque eso indica la entrada del gigante.

—Y ¿por qué no huisteis por la puerta que nos ha dado paso?—preguntó Aladino.

—Porque conduce a la cueva de las serpientes—contestó aterrado el hombre.—¿Cómo habéis logrado evitarlas?

Aladino refirió todo cuanto les había ocurrido y su interlocutor se maravilló de la buena fortuna que tuvieron al escapar de la monstruosa serpiente. Mas apenas había terminado el relato, cuando se abrió la puerta de par en par y entró un feo gigante, cuyo único ojo miró enojado a los hombres.



OYERON LA LLEGADA DEL GIGANTE

—¡Caramba! Hay cinco, cuando yo no había dejado más que dos. ¡Qué extraño! Invitaré a mis amigos a un festín.

Dicho esto, el gigante volvió a salir, cerrando de un portazo, en tanto que Aladino y sus amigos temblaban de espanto.

—Es preciso huir—dijo al fin Aladino.

—¿Cómo?—preguntaron sus asustados compañeros.—
No hay modo de lograrlo.

—Ocultémonos detrás de la puerta—replicó Aladino— y cuando vuelva el gigante, trataremos de pasar por entre sus piernas. Es algo improbable, pero también el único recurso que nos queda.

Inmediatamente se dirigieron todos a la puerta y pronto oyeron el regreso del gigante, acompañado de un amigo. Se estremeció la puerta y luego se abrió de par en par. Entonces los cinco hombres salieron y echaron a correr como nunca lo hicieron.

Quedáronse tan asombrados los gigantes, que de momento permanecieron inmóviles, pero luego emprendieron la persecución, profiriendo gritos semejantes a truenos.

Los cinco hombres corrían por la ancha calle, manteniéndose lo más agrupados posible. No tardaron en divisar la orilla del mar y vieron que en la playa había varias barcas con la quilla al sol. Corrieron hacia una de ellas y se escondieron debajo, antes de que los gigantes tuviesen tiempo de observarlos.

—Permaneceremos aquí toda la noche—dijo Aladino—y luego buscaremos un lugar más seguro.

Así lo hicieron, aunque temblando cada vez que oían pasos. Pero nadie los descubrió y, en cuanto llegó la noche, salieron cautelosamente de su cómodo escondrijo.

—Más valdrá que sigamos la línea de la costa —observó Aladino.—Y así no es muy probable que encontremos a nadie.

Durante toda aquella noche siguieron andando por la playa, de modo que al amanecer se hallaban a muchas millas de distancia del pueblo. Los árboles llegaban casi a la orilla del mar y gracias a sus frutos los fugitivos pudieron calmar el hambre.

—Si tuviéramos un hacha — observó Aladino — podríamos derribar árboles y construir una balsa.

—Yo tengo una—dijo uno de los marineros que estuvieron en la casa del gigante.—Vamos a intentar este medio de salvarnos.

Con toda la rapidez posible, derribaron algunos árboles y también hicieron cuerdas con las fuertes plantas trepadoras que encontraron allí. Dispusieron y sujetaron muy bien los troncos cortados y, de este modo, tuvieron una buena balsa.

Sentían el mayor temor de que los gigantes pudiesen encontrarlos. Pero, por suerte, no se presentó ninguno. Los fugitivos cobraron ánimo y construyeron otra balsa, con objeto de que si una de ellas quedase destruída al recibir los embates de las olas, aun pudiesen disponer de otra.

—Mañana por la mañana nos embarcaremos y quizá la suerte nos acompañe, llevándonos a la ruta de algún barco—dijo Aladino.

A la mañana siguiente embarcaron, cargaron en las balsas fruta como les fué posible, así como, también, unas calabazas llenas de agua potable, y, utilizando unas ramas a guisa de remos, emprendieron su viaje.

Las balsas flotaban muy bien y todos estaban sumamente satisfechos por alejarse de la isla de los gigantes, mas apenas se hallaban a unos cables de la playa, cuando uno de los fugitivos dió un grito al ver que aparecían dos gigantes enormes, quienes contemplaban, muy extrañados, aquellas balsas. Los desdichados remaron con el mayor vigor, mas antes de que pudiesen alejarse, los gigantes corrieron hacia la playa y recogieron unos pedruscos enormes, que arrojaron con extraordinaria fuerza.



CONSTRUYERON UNA HERMOSA BALSA



UNA DE LAS BALSAS QUEDÓ DESTRUÍDA POR
LA ROCA

—¡Aprisa! ¡Aprisa!—dijo Aladino.—Es preciso alejarnos.

Pero los gigantes se metieron en el agua, sin dejar de arrojar piedras. Una de ellas cayó a tan poca distancia de los fugitivos que la balsa volcó y sus tres tripulantes cayeron al agua. Tuvieron suerte de que les sucediera eso, porque la siguiente piedra cayó sobre la

balsa y la destrozó. Mientras tanto, los tres hombres se dirigieron a la balsa de Aladino y, tomando sus remos, empezaron a trabajar con el mayor vigor.

En breve estuvieron ya bastante lejos para que las piedras de los gigantes no pudieran alcanzarles. Entonces dejaron de remar para tomar algún descanso, muy alegres de que nadie hubiese resultado herido. Y decidieron navegar hacia el Oeste, con la esperanza de encontrar algún barco.

Por espacio de tres días con sus noches siguieron remando, sin ver otra tierra, aparte de la isla que habían abandonado y, al cuarto día, por fin, descubrieron una vela.

Aquel barco se dirigió hacia ellos y sus tripulantes vieron las señales que les hacían los náufragos. ¡Cuánta fué la alegría de Aladino y también cuál su sorpresa al ver que el barco era el suyo propio!

Después de eludir la persecución de la ballena, el barco volvió y no había cesado de explorar aquellas aguas, con la esperanza de descubrir a los tres hombres que se quedaron sobre el lomo de la ballena. El capitán abrazó, muy alegre, a Aladino y escuchó interesado, sus maravillosas aventuras.

—Volvamos cuanto antes a nuestro país—ordenó Aladino.—No quiero viajar más. En adelante viviré tranquilamente en mi propio país, con la princesa Badrul-Badur.

Así, pues, el barco emprendió el viaje de regreso y la hermosa princesa sintió enorme alegría al ver, de nuevo, a su querido Aladino. Éste no la abandonó ya más, y, en adelante, vivió felizmente en su hermoso palacio de oro y plata.

EL MAL GNOMO DURMIENTE

Hubo una vez un malvado gnomo, llamado Durmiente. Éste no era su nombre verdadero, pero nadie lo conocía por otro.

Ya adivinaréis por qué. Era perezoso, estaba siempre sonoliento y no quería trabajar ni obedecer, así como tampoco nunca se daba prisa por cosa alguna. Lo único que le gustaba era dormir todo el día, comer a la llegada de la tarde y luego tenderse, de nuevo, para pasar la noche en un sueño.

Era criado de Ojos de Lince, rey de los gnomos, pero el monarca estaba cansado de él. Mas como tenía muy bondadosos sentimientos, nunca había querido castigar a Durmiente.

Sin embargo, un día perdió la paciencia con aquel gnomo tan perezoso y le dijo:

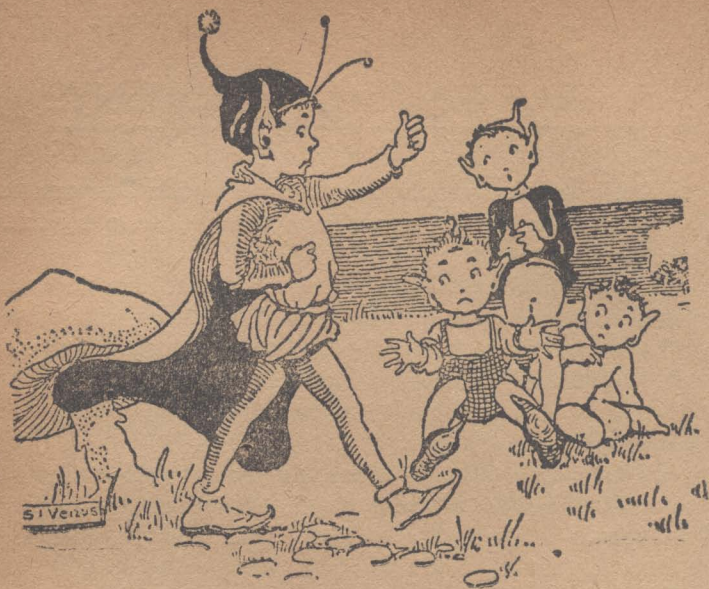
—Si, en adelante, me veo obligado a regañarte de nuevo, te mandaré a casa de la bruja Malcarada, para que te obligue a trabajar por espacio de tres semanas.

—¡Señor! Permitidme que trate de corregirme. No me mandéis a casa de la bruja Malcarada. Seré bueno, obedeceré, y ya no volveré a dormir de día.

—Bueno, haremos una prueba más—contestó Ojos de Lince.

Durante dos días Durmiente se portó mucho mejor. Luego perdió la paciencia. Le habían ordenado que lavase la pecera y también la jaula del canario, pero se confundió, porque estaba medio dormido, y metió el canario en la pecera y los peces en la jaula.

Luego se quedó dormido. Cuando Ojos de Lince vió



OJOS DE LINCE SE ENOJÓ SOBREMNERA

lo que había ocurrido, se encolerizó sobremanera. En su cólera gritó y pateó, y luego hizo llamar a todos los gnomos para que fuesen testigos del comportamiento de Durmiente.

Éste ya no dormía, porque lo despertaron los gritos del rey. Oculto detrás de un taburete, observaba la escena. Y, al darse cuenta de lo que había hecho, empezó a temblar y pensó:

—Ahora me enviarán a servir a la bruja Malcarada. ¡Oh, qué enojado está el rey! ¡Qué tonto he sido! Esta vez no hay perdón para mí.

Los gnomos se acercaron a contemplarlo, pero en-

tonces Durmiente se puso de pie de un salto y echó a correr con la mayor rapidez.

—No quiero que me manden a casa de la bruja Malcarada—pensó.—¡No quiero! ¡no quiero! ¡no quiero!

Siguió corriendo sin parar y, por último, se hizo de noche. De pronto vió una casita cerca del camino que seguía, se dirigió a ella, penetró en el jardín y llamó a la puerta.

Proponíase pedir alojamiento por aquella noche, ofreciendo, en cambio, trabajar al día siguiente. Se abrió la puerta y se asomó una vieja.

—Haga el favor de darme alojamiento por esta noche—rogó Durmiente.—A cambio de eso, mañana trabajaré todo el día en lo que usted me mande.

—Entra—contestó la vieja.

Y Durmiente no se hizo repetir la autorización.

Aquella mujer cerró la puerta cuando los gnomos, que perseguían a Durmiente, llegaron a descubrir la casa.

—No lo veo—dijo uno.—¿Se habrá metido en esta casa?

—No seas tonto—contestó otro.—Con toda seguridad no ha entrado precisamente ahí.

—Bueno ¿vamos a registrar ese bosque? Luego emprenderemos el regreso—dijo otro.

En efecto, todos se alejaron. Durmiente dió un suspiro de alivio. La vieja le ofreció entonces un poco de pan y chocolate, y le enseñó una yacija de paja. Durmiente se tendió en ella y cerró los ojos.

—Procura despertarte al canto del gallo—dijo la vieja.—Mañana hay mucho que hacer.

—Sí, señora—contestó el gnomio que, inmediatamente, se quedó dormido.

Cuando el gallo empezó a cantar, Durmiente seguía

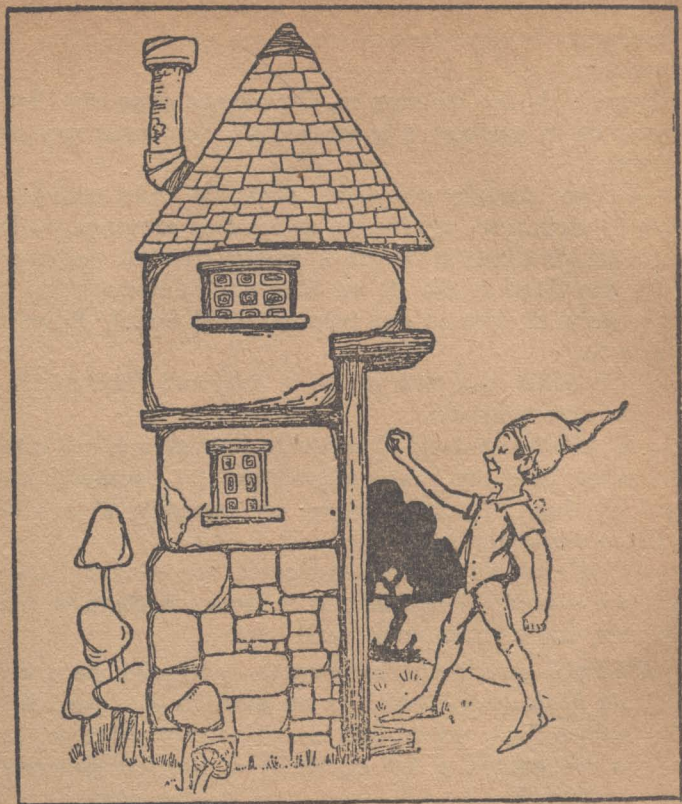


DURMIENTE TUVO QUE TRABAJAR MUCHO

dormido. Pero no tardó en despertarse al recibir un escobazo sobre las piernas.

Se levantó dando un grito de dolor. ¡Cuánto tuvo que trabajar aquel día! La vieja no lo dejaba descansar un solo instante. Tuvo precisión de barrer, fregar, limpiar y pulimentar, de modo que se alegró mucho de que llegase la noche, porque entonces recobraría la libertad.

Mas cuando se disponía a salir de la casa, vió que llegaba uno de sus perseguidores del día anterior y se echó a temblar.



LLAMÓ A LA PUERTA

—Si salgo de aquí—pensó—capaces serán de llevarme a casa de la bruja Malcarada. ¿Qué haré?—Se volvió entonces a la dueña de la casa y le preguntó:—¿No necesita usted un criado, señora? Si quiere la serviré por espacio de una semana.

—Prefiero que me sirvas tres semanas—dijo la vieja.
—Necesito de alguien que me ayude en la limpieza de primavera.

Después de dar un suspiro, Durmiente consintió. Trabajaba de la mañana a la noche, sin descansar un solo instante.

—Bueno, cuando me dejes, serás un buen criado—decía la vieja, casi al término de las tres semanas.—Tu amo Ojos de Lince se alegrará mucho de verte regresar.

Por fin llegó el día de su libertad. Se despidió de la vieja, tomó el camino del palacio, y, al llegar, llamó a la puerta.

—¿Ya estás aquí otra vez?—le preguntó Ojos de Lince, con acento severo.

—Sí señor—contestó Durmiente.—Y ahora, mi querido señor, os ruego me perdonéis por mi desobediencia y por mi fuga. Y, por Dios, no me mandéis a casa de la Bruja Malcarada.

—¿Qué quieres decir?—exclamó, sorprendido, Ojos de Lince.—Pero ¡si has estado en su casa durante tres semanas, como sabes muy bien!

—¿Cómo?—exclamó Durmiente.—¿Aquella vieja era la Bruja Malcarada? ¡Ah, ya no extraño su severidad! ¡Oh, señor! Estoy ya curado de todos mis defectos. ¡Y yo que me escapé a fin de no ir a parar a su casa! ¡Qué tonto fuí!

—No te acuerdes más de eso—le dijo Ojos de Lince.—Ahora te has corregido ya, y serás mejor criado que antes. Tráeme un vaso de limonada y así veremos si obedeces con prontitud.

Durmiente se mostró tan activo, que, poco a poco, nadie pensó en seguir dándole el mismo nombre. Ahora ya no se llama Durmiente, sino Diligente, y ya podréis comprender cuán orgulloso está de ello.



Mis Primeros Cuentos

Hermosa colección de cuentos clásicos, indicada como primera lectura de todos los niños. Además de instruirles y deleitarles, les hará aficionarse a las bellas artes por sus magníficos dibujos hechos por manos maestras.



- Nº 1 - Blancanieves.
- Nº 2 - Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.
- Nº 3 - La Cenicienta.
- Nº 4 - Barba Azul.
- Nº 5 - Pulgarcito.
- Nº 6 - Aladino o la Lámpara Maravillosa.
- Nº 7 - El Agua Milagrosa.
- Nº 8 - Los Tres Pelos del Diablo.
- Nº 9 - El Rey Cuervo.
- Nº 10 - Caperucita Roja.

PRECIO \$ 1.50

EDITORIAL MOLINO — Gorostiaga, 1650 — Bs. Aires